

derío de Melikschah. Mohammed, como aquel, muerto en la plenitud de sus fuerzas, dejó tres hijos menores; pero esta vez las discordias y guerras intestinas de la familia seldyucida, alimentadas por los emires, duraron muchísimo mas tiempo que entonces, y cuando al cabo de treinta y cinco años turbulentos murió en 547 (1152) el último de los tres hijos de Mohammed, era tan irremediable la ruina de la dinastía que aun cuando sus representantes hubiesen heredado algo del esforzado Alp Arslan ó del astuto Mohammed no habrían podido hacer ya un gran papel. No hubo á la verdad en toda la extension del vasto imperio desde el Oxo hasta el Eufraates la confusión é inestabilidad del tiempo de Barkiyarok, pero esto fué debido á la intervencion de personas que no pertenecian á la dinastía seldyucida. Entre los ayos, tutores ó *atabeges* de los príncipes seldyucidas, que á la sazón volvieron á figurar mas que antes, hubo individuos de talento superior que en la nueva situación lograron hacer hereditario en su familia el cargo de ayo-regente ó mayordomo, dando así lugar á que de las ruinas de la dinastía que se iba hundiendo saliesen nuevas dinastías, que proporcionaron, si quiera á alguna provincia, una existencia llevadera, hasta que otro soberano mas poderoso se apoderaba tambien de estos Estados menores.

Un hombre existía á la muerte de Mohammed que al parecer reunía las cualidades necesarias para detener el curso de la descomposicion del imperio: este hombre era Sindyar, el último hijo de Melik, que habia sobrevivido á sus hermanos. Reinaba desde el año 490 (1097) sobre el Corasan y las provincias anexas; habia llegado á ser un príncipe inteligente y enérgico, y era de esperar que trataría de conservar con fuerte mano la unidad del imperio. Varias veces intervino en los asuntos de las provincias del Oeste, y cuando en el año 513 (1119) Mahmud, el hijo mayor de Mohammed, pareció haber logrado por un momento la soberanía sobre todos los países gobernados por seldyucidas, Sindyar marchó á la cabeza de un gran ejército á la Media, donde derrotó á Mahmud cerca de Sawa, si bien le concedió la paz con la condicion de que en la oracion pública por el sultan y los miembros de la familia reinante su nombre precediera en todo el imperio al de su sobrino, conforme se hizo en adelante tanto en Ispahan como en Bagdad. Fué, pues, Sindyar, mientras vivió, el sultan ó soberano oficial de todo el imperio seldyucida, y su reinado comprende el período desde el año 513 hasta 552 (1119 hasta 1157). En el año 522 (1128) tuvo que obligar á Mahmud por la fuerza de las armas y en 526 (1132) á Masud, hermano del anterior, á cumplir esta condicion, pero se contentó con este reconocimiento sin creerse por ello obligado á velar sobre la seguridad y buena marcha de las provincias que oraban por él como soberano. Segun veremos luego, durante el reinado de su hermano Mohammed habia asegurado sólidamente su dominio en el Corasan y en los territorios anexos, y además habia mantenido con gran energía el respeto debido á la dinastía seldyucida en frente de sus vecinos transoxanios y gaznavidas. Todo esto contribuyó necesariamente á separar las provincias del Este de los intereses generales del imperio seldyucida, tan enlazados con los de las provincias occidentales, y á establecer gradualmente una division del imperio en mitad oriental y mitad occidental. La primera, con Nischapur por capital, mantenía ya de hecho relaciones mas activas con Khwarism, Samarcanda y Gazna, que con Ispahan, y mucho menos todavía con Bagdad; mientras la mitad occidental, sin que nadie apenas se opusiera, seguía en la pendiente de descomponerse en Estados menores cuyos intereses políticos gravitaban alrededor, ya de la Persia, ya de la Siria. Prescindiremos por ahora de los Esta-

dos mahometanos del Asia Menor y de Siria, así como del imperio oriental de Sindyar y del Estado de Mosul, formado luego por un ayo, atabeg ó mayordomo soberano, para seguir hasta el fin los sucesos que ocurrieron en Persia y en el Irak. Estos sucesos no nos ocuparán mucho tiempo, pues que apenas consisten en otra cosa mas que en no interrumpidas guerras, en las cuales diferentes pretendientes se disputaban la soberanía de las provincias centrales, especialmente de ambos Iraks, soberanía cada vez mas ilusoria. Si á pesar de esto ofrece este período, que duró desde el año 511 (1118) hasta 590 (1194), algun interés, no se debe á ningun seldyucida, sino á hombres en parte de origen humilde, pero que por sus cualidades personales eran muy superiores á los vástagos de aquella dinastía y merecen nuestra atencion por su buena ó mala estrella. Los mas notables son los siguientes: Togril III, el último de los seldyucidas del Irak, los dos turcos Ildegis y Sengui, y Sadaka, hijo de Dubeis, á quien podríamos llamar el último árabe.

Sadaka mostró en todas las vicisitudes de su vida las mismas cualidades que tuvo su padre, y que despues de llevarle á la cumbre de la fortuna fueron causa de su súbito fin. Durante diez y siete años habia trabajado incansablemente en casi todos los países del Oriente mahometano para destruir el dominio de los seldyucidas y para restablecer el poder que Dubeis habia llegado á crear para sí y sus descendientes en el Irak, y que habia sido destruido por un seldyucida. Una muerte violenta puso fin á tanta perseverancia y á tan incansable actividad, las cuales si no le llevaron al logro de sus deseos de formar un nuevo reino árabe, le proporcionaron la realizacion de su segundo propósito de sembrar y atizar la discordia entre los hijos y parientes del sultan Mohammed, que habia arrebatado á su padre su reino y la vida. Esta discordia giraba alrededor de la soberanía, en el fondo ilusoria, del Irak, árabe y persa. Los tres hermanos, Mahmud, 511-525 (1118-1131), Togril II, 525-529 (1131-1134), y Masud, 529-547 (1134-1152), gobernaron sucesivamente bajo el cetro de su tio Sindyar los dos Iraks sin que ninguno de ellos consiguiera ejercer prácticamente la autoridad soberana, porque jamás pudieron hacer frente largo tiempo á los emires revoltosos, que no querian reconocer la autoridad del sultan ni de sus lugartenientes. Mientras vivió Sadaka no dejó de instigar contra Mahmud, ora al ayo de Masud, residente en Mosul (514 = 1120), ora al ayo de Togril (1) en Sawa (518 = 1125), ora al mismo sultan Sindyar en el lejano Corasan (522 = 1128), y otras veces prestó su auxilio á los cruzados contra los emires turcos de Siria. En medio de todo esto hizo tentativas para restablecer su dominio en Hilla, ó trató de conquistar un pequeño principado en Siria, en cuya empresa cayó en el año 525 (1131) prisionero. Rescatado por el turco Sengui, gobernador de Mosul, le ayudó con toda su inteligencia é influencia á debilitar la autoridad y el poder de los príncipes seldyucidas entre los beduinos del Irak, y á preparar la formacion de un reino independiente en la Mesopotamia. En todo el ámbito del mundo mahometano resonó el nombre de este campeón, el último príncipe árabe de importancia histórica en el Oriente y que vivió y murió exactamente como seis siglos antes el primer príncipe árabe de esta clase, Imru'ulkeis, «el rey errante.» La memoria de sus aventuras y hazañas no se ha conservado en las canciones del pueblo, pero el último gran vate árabe, Hariri, menciona su nombre con grandes alabanzas en su obra (2).

(1) El puesto de Schirgir lo ocupaba á la sazón otro turco.

(2) Véase Rückert: *Las transformaciones de Abu Seid, de Serug, ó los Macames de Hariri*. Obras poéticas completas de Rückert, Frankfurt del Mein, 1869, t. IX, pág. 465.

Los príncipes seldyucidas, ó mejor dicho sus ayos-mayordomos, no necesitaban en rigor de las instigaciones de aquel hombre turbulento para hacerse la guerra, porque la cuestion no era tanto de quién de ellos haría de sultan sino de la preponderancia y poder de los emires entre sí, y luego entre ellos y la sombra que el pasado y venerando poder central del Islam, el califato de Bagdad, arrojaba todavía desde otros tiempos sobre aquellos países y sobre la nueva generacion.

En la primera parte de esta obra hemos dicho ya que despues del destronamiento de los buweihidas los primeros soberanos seldyucidas dieron al califa de Bagdad medios de vivir con la ostentacion que requeria su elevada dignidad, ya que habia perdido su poder político y temporal. En cambio los califas estaban obligados por su parte á dar á los sultanes la investidura. Esto no dió, conforme hemos visto, ninguna importancia política á los califas, pero siendo una ceremonia exigida por las preocupaciones del público, era menester conservarla y rodear á la persona del califa, que teóricamente por lo menos era el soberano de los creyentes y por lo mismo de todos los países mahometanos, del aparato y honores á lo menos exteriores de soberano. Para que nada hiciera contra la voluntad del sultan, tenia éste en Bagdad, á su lado, un ministro residente que vigilaba á fin de que el apoderado del califa, que continuaba llevando el título de visir, se mantuviera en la administracion de los bienes, así como en la direccion de la cancillería y redaccion de documentos, etc., dentro de los límites puramente eclesiásticos, sin invadir el terreno del poder civil. Se comprende que se originaran con frecuencia conflictos entre el visir del califa y el ministro residente del sultan y que las relaciones entre los dos soberanos, el verdadero y el espiritual, no fueran siempre tan cariñosas como oficialmente aparentaban, segun hemos tenido ya ocasion de decir. Sin embargo, teniendo el califa en el personal de su palacio y cancillería, en la oficialidad de su guardia de corps y en la administracion de los territorios de su propiedad particular todos los elementos fundamentales de un gobierno independiente y soberano, era muy natural que al debilitarse la influencia inmediata de los seldyucidas sobre la ciudad y territorio de Bagdad, se pensara que bastaba un esfuerzo relativamente pequeño para restablecer el poder temporal del representante del Profeta. Esta debilitacion de la influencia seldyucida, preparada ya durante las turbulencias y la desorganizacion del tiempo de Barkiyarok, se hizo evidente cuando los ayos ó mayordomos de los hijos del sultan Mohammed riñeron entre sí. Esta vez fué aprovechada esta circunstancia, porque el califa era un hombre enérgico, el abasida Mustarschid, que representaba este elevado cargo desde 512 (1118), y porque lo quiso el incansable sembrador de discordias hijo de Dubeis; pero mas que estos dos, contribuyó á esta revolucion Sengui, el ayo del príncipe Masud, residente en Mosul, hombre notable, que en esta ocasion empezó á figurar en la escena política en primer término. Sengui era hijo del afamado guerrero Ak Sonkor; nació por el año 480 (1087); habiendo perdido, por lo pronto, todo su porvenir con la ruina y muerte de su padre en 487 (1094), dedicóse al oficio de las armas, y habiéndose distinguido ya en el ejército de Scháwali, á la sazón gobernador de Mosul, y despues en el de Mandud y de los sucesores de éste, consiguió un mando superior en Wasit, en el Irak meridional, en el año 516 (1132). Entretanto, desde la muerte del sultan Mohammed se habia ocupado Dubeis con toda energía en la restauracion del Estado beduino de Hilla, mientras continuaba excitando unos contra otros á los hijos del difunto sultan, y á falta de mejor resultado habia logrado que nu-

merosas bandas de árabes recorrieran todo el Irak cometiendo sus habituales depredaciones y llegando hasta á amenazar á Bagdad. El califa Mustarschid habia trabajado con gran ahinco desde su elevacion al califato para conquistar por la via diplomática entre los sultanes Mahmud, en Ispahan, y Masud, en Mosul, una posición mas independiente. Así las cosas, el gobierno acudió con un ejército para proteger la ciudad de Bagdad, amenazada seriamente por Dubeis y sus bandas de árabes. El califa aprovechó esta ocasion para ponerse personalmente á la cabeza de sus guardias y de tropas tomadas á su sueldo principalmente entre los habitantes de Bagdad, y tomar parte en la defensa de esta ciudad, rechazando á los árabes. Las fuerzas enviadas por el gobierno, y entre las cuales figuraba el contingente de Wasit, capitaneado por Sengui, eran insuficientes; por tanto recibieron gustosas el refuerzo aportado por el califa, y todos reunidos alcanzaron, gracias principalmente á un hábil movimiento de Sengui, una victoria decisiva. Dubeis huyó, y el califa, además de haber salvado á Bagdad, habia ganado una posición mas independiente. Cuando dos años despues Togril, el otro hermano de Mahmud, á instigacion de Dubeis atacó la ciudad de Bagdad, en el año 518 (1124-1125), el califa tomó tambien parte activa en la defensa. Esta actitud y el hecho de componerse la guarnicion de Bagdad de soldados del califa aumentó la importancia y autoridad de éste á los ojos de la poblacion, mientras menguaba en la misma proporcion la influencia del ministro residente seldyucida, tanto que en el año 520 (1126) el califa pudo tomar enfrente del ministro una actitud amenazadora. Acudió Mahmud á la cabeza de un ejército, y no solamente hubo lucha entre las fuerzas de Mahmud y las del califa sino que estas últimas invadieron el Irak meridional y ocuparon en nombre del califa la importante ciudad de Wasit, de la cual las arrojó con grandes pérdidas el jefe Sengui. Tampoco podia resistir mucho tiempo el califa en Bagdad, y tuvo que aceptar en 521 (1127) la paz y á Sengui por ministro residente de Mahmud. Sengui, sin embargo, en cuya vigilancia y energía confiaba el sultan, prefirió el empleo de ayo del príncipe Masud, en Mosul, empleo que consiguió junto con el título honorífico de Imad Ed din (columna de la fe) por medio de una hábil intriga. Con ésta obtuvo al propio tiempo la independencia tan deseada y la explotó en su interés propio bajo el nombre del príncipe insignificante del cual era nominalmente ayo y ministro. En aquella situación se manejó de tal modo que veinte años despues se presenta como soberano de un Estado importante, y, lo que es mas, el primer personaje en el Oriente mahometano despues del sultan Sindyar, á cuyo lado murió mas tarde. No fueron los triunfos que alcanzó en el Irak los que elevaron á Sengui á tan grande altura. Cambiando mas de una vez de partido en las luchas intestinas de los seldyucidas, y aliándose con Dubeis, su antiguo adversario, logró, cuando no otra cosa, por lo menos la importante ventaja de debilitar el poder central, tanto que éste casi nunca llegó á amenazarle en su capital y provincia de Mosul, dejándole así en libertad para obrar con energía en el Oeste, donde le volveremos á encontrar. En el Irak árabe ocupó su lugar otra vez el califa, aprovechando para restaurar su poder las contiendas entre Masud, el hermano del difunto sultan Mahmud, que murió en 525 (1131), Daud, el hijo de Mahmud, y otro tio de Daud, todos los cuales pretendían la dignidad de sultan. Despues de varias peripecias, entre otras una derrota de Sengui, llegóse á un convenio en virtud del cual Masud, vencido y amenazado por la espalda por Sindyar, que se acercaba con un numeroso ejército, reconoció el gobierno independiente del califa Mustarschid en Bagdad y su comar-

ca en 526 (1132). Desde entonces el califa se vió abandonado de la fortuna, que hasta allí le había favorecido sin interrupción. Robustecido su poder por las guerras que se hacían Togril y su hermano Masud, nombrados por Sindyar gobernadores del Irak, tuvo la osadía de hacer frente con sus tropas á Masud, que despues de haber muerto Togril volvió á luchar con su hermano Daud por la dignidad de sultan. Mustarschid fué derrotado y hecho prisionero cerca de Hamadan, y poco despues asesinos ismaelitas acabaron con su vida en el campamento de Masud, en 529 (1135). Al poco tiempo cupo igual suerte á Dubeis, cuya excesiva sumisión y servilismo llegaron á ser sospechosas al sultan, á cuyo servicio aquel antiguo enemigo de los seldyucidas se había puesto por su singular estrella. El sultan le sentenció á muerte por haber tenido pruebas, segun se dice, de que Dubeis le hacía traición. Raschid, hijo y sucesor del califa, quiso tambien aprovechar las continuas guerras entre los príncipes y los ayos-mayordomos para aumentar su poder, pero tuvo la misma desgraciada suerte que su padre y el turbulento Dubeis. Masud llegó en 530 (1136) á Bagdad; el califa Raschid huyó, pero le alcanzó en su huida el puñal de un ismaelita asesino. Entonces Masud proclamó califa á Móktafi, hermano de Mustarschid. El nuevo califa continuó la política de sus predecesores pero con mejor suerte que ellos. Las comarcas del Irak, una tras otra, le reconocieron por su soberano; en 547 (1152) ocupó á Wasit é Hilla y desde entonces quedaron él y sus sucesores siempre dueños de aquel país, aunque los beduinos del Mediodía conservaron cierta independencia y llevaron sus expediciones de rapiña á veces hasta las ciudades mas importantes del país. Por mas que trabajó el sultan Masud, que reinó desde 529 (1134) hasta 547 (1152), para restablecer su autoridad de soberano entre tantos emires poderosos, no pudo conseguir su objeto, porque los hechos ocurridos durante su menor edad habían minado por sus cimientos el poder de la dinastía seldyucida; las tropas dependían exclusivamente de los grandes vasallos, contra los cuales se estrellaron todas las tentativas de restauración hechas por los visires. Todos los atabeges, que el sultan llamó uno tras otro á su auxilio, aprovecharon la confianza que les concedió, por supuesto solo en apariencia tambien, para aumentar y consolidar su poder propio. Los príncipes menores, que nominalmente eran gobernadores de provincias, no eran en realidad mas que los maniqués é instrumentos de sus ayos, hombres ambiciosos y codiciosos que se imponían al sultan, el cual ni siquiera tenía poder bastante para elegir á estos hombres á su gusto, ni pudo impedir que los mismos hicieran su cargo de ayo-regente hereditario en sus respectivas familias hácia el fin de su reinado. Reinaron con este título nuevas dinastías en diferentes provincias: en la de Fars desde el año 543 (1148) los salgaridas, descendientes del turco Salgar ó Salgur, que había llegado con los seldyucidas á Persia. Uno de sus descendientes fué Busabeh, que siendo gobernador del Chusistan trató repetidas veces desde el año 532 (1138) de conquistar el Farsistan y hacerse independiente; pero murió en 542 (1148), en uno de los combates que tuvo con los emires del sultan. En 543 (1149) un sobrino del anterior, llamado Sonkor, ocupó el país de Fars, que pasó á su hermano Sengui (1) y á los descendientes de éste, los cuales lo poseyeron hasta que en el año 662 (1264) los mogoles acabaron con esta dinastía. Los historiadores persas, muy dados á alabanzas exuberantes, ensalzan las grandes dotes de gobernante de los salgaridas, y en algo

(1) Que no debe confundirse con el atabeg ó mayordomo de Mosul del mismo nombre.

corroborar estas alabanzas la notable duración que tuvo esta dinastía. El último príncipe de esta raza fué Abu-Bekr, al cual dedicó el gran poeta persa Sa'adi su *Jardín de rosas*, la obra poética mas popular en Persia todavía hoy. Abu-Bekr murió el año 658 (1260).

Desde Fars intentó ya Sonkor conquistar el Luristan, pero el jefe curdo Abu Táhir Mohammed, de la familia Fadloye, encargado de la expedición, cuando hubo realizado la conquista declaróse señor independiente y fundó la dinastía de los atabeges del Luristan, que sobrevivió á la invasión mogola y se sostuvo hasta el siglo VIII (XIV). Los príncipes de Fars y los de Luristan tuvieron el buen tacto de no mezclarse, fuera de algunos casos aislados, en las luchas intestinas de la dinastía seldyucida; pero no imitó esta conducta prudente la mas poderosa de las familias nobles persas, la de los pehlewanes del Aderbidyan, que además de robustecer su posición y poder propios llegó á apropiarse la tutela de los mismos sultanes.

El Aderbidyan había llegado á ser una de las provincias mas importantes del imperio desde que Togril, Alp Arslan y Kutulmisch habían mahometizado la mayor parte de la Armenia y del Asia Menor. Los gobernadores del Aderbidyan, no teniendo ya que temer ataque alguno de parte de los bizantinos, pudieron defender fácilmente la frontera del Norte, que se adelantaba hasta el río Kur y hasta mas allá, porque Schirwan podía ser considerada ya como parte del imperio seldyucida. Las diferentes comarcas del Aderbidyan estaban, como las demás provincias, casi exclusivamente en poder de emires turcos (2). Entre las ciudades volvió á figurar en primera línea en los sucesos Gendscha, capital de la provincia de Arran, que había adquirido ya significación política por haber sido punto de partida del sultan Mohammed. Este territorio, separado de la Persia propiamente dicha y del Irak por altas cadenas de montañas y ríos torrenciales, era muy á propósito como base de operaciones de jefes ambiciosos y deseosos de conservar su independencia respecto del gobierno central, mientras que los combates con los vecinos pueblos del Cáucaso y en especial con los súbditos del rey cristiano de Georgia les proporcionaban el medio de sostener el espíritu guerrero de sus tropas. Allí vivía Daud, hijo de Mahmud, que tanto había dado quehacer á Masud, y allí adquirió fuerza la familia destinada á amparar á los seldyucidas en su decadencia. Un esclavo turco del Kipchak, el país al Norte del mar Caspio, había sido vendido muy jóven al sultan Masud. Llamábase Ildegis, y habiéndose distinguido en la guerra llamó la atención del sultan, que le ascendió mas y mas hasta darle por esposa la viuda de su hermano Togril II, confiándole la tutela del hijo de éste, llamado Arslan, y el gobierno de Arran y de Gendscha entre los años 535 (1140) y 540 (1145). Ildegis tuvo de su esposa dos hijos, Mohammed y Kisil Arslan (leon rojo), y justificó la confianza que el sultan había puesto en él, contribuyendo á sofocar la sublevación de Busabeh; pero posteriormente, con el pretexto de defender los intereses de su pupilo, no se portó mejor que los demás emires respecto del sultan Masud y de sus sucesores, los cuales fueron tres, sucesivamente proclamados y depuestos por los magnates del imperio. Los dos primeros fueron dos hijos de Mahmud, á saber: Melik III, que reinó desde 547 hasta 548 (1152-1153), y Mohammed II, que reinó desde 548 hasta 554 (1153-diciembre de 1159 ó enero de 1160); sucedió á éste un hermano de Masud llamado Suleiman, que reinó desde 554 hasta 555 (desde diciembre de 1159 ó enero de 1160 hasta

(2) Solo los señores del Schirwan eran de origen persa.

setiembre de este último año); y en su lugar fué puesto por decisión de los emires Arslan Ibn Togril, que bajo la dirección de su tutor Ildegis reinó desde 555 hasta 572 (1160 hasta 1177).

El antiguo esclavo Ildegis había llegado con esto á la meta de su ambición. Faltaba ver si tendría la fuerza necesaria para reducir á la obediencia á los vasallos, sus rivales. Hizo esfuerzos heroicos para cumplir con esta misión, y despues de su muerte, ocurrida en el año 568 (1172-1173), le imitó en esta parte su hijo Mohammed, llamado El-Pehlewan, ó sea «el caballero», cuyo nombre se ha dado á toda la dinastía llamada de los pehlewánidas. Ildegis llegó á reunir un ejército de 50,000 jinetes y su autoridad se extendía desde el Cáucaso hasta el imperio de los gaznavidas, sin cuidarse para nada ni él ni nadie en el imperio del sultan Arslan; mas con todo esto no llegó á dominar á los otros emires. Estos en su resistencia podían contar siempre con el apoyo, ora de los califas, cuya autoridad soberana era reconocida en el Irak árabe, desde donde procuraban extenderla mas á cada coyuntura favorable, ora de los senguídas de Mosul, ora de los salgaridas de Fars.

En medio de estas luchas ingratas tanto Ildegis como su hijo Mohammed tuvieron que sostener sangrientas guerras con los reyes de Georgia; pero bajo el gobierno de Ildegis y bajo el de Mohammed El-Pehlewan, desde el año 568 hasta fines de 581 ó principios de 582 (1172-1173 hasta 1186), se conservó la unión del país propio de los pehlewanes, del Aderbidyan y del Irak persa con Ispahan y Rei. Solo bajo el gobierno de Kisil Arslan, hijo segundo de Ildegis, que había sido auxiliar fiel de su hermano Mohammed mientras vivió, se desmoronó tambien este resto del gran imperio seldyucida. Togril III, hijo de Arslan y último sultan de la línea seldyucida del Irak, reinó desde 573 (1) hasta 590 (1177 hasta 1194). Este príncipe había heredado algo de la energía de sus antepasados. Habíase sometido á la tutela de Mohammed, que al parecer era hombre de talento superior, pero riñó decididamente con Kisil Arslan, cuyas maneras le disgustaron, y mientras éste celebraba su boda con la viuda de su hermano Mohammed El-Pehlewan, el sultan salió secretamente de Rei, residencia de los últimos seldyucidas y de sus tutores. Kisil le persiguió, pero quedó derrotado en el encuentro que tuvo efecto cerca de Damegan en el año 583 (1187), á pesar de ser pocos los que acompañaban al sultan fugitivo. Esta derrota fué la señal de la desorganización completa de la Media y del Aderbidyan. No faltaron entre los emires del país muchos que se adhirieron al partido del sultan, y cuando á ruegos de Kisil Arslan, el califa tomó cartas en la contienda, llegó la confusión á su colmo. Era entonces califa el enérgico y ambicioso Nasir, el cual aprovechó con avidez esta ocasión para hundir por completo á los odiados seldyucidas. Para mostrar su resolución decidida de aniquilar esta raza hizo derribar en 583 (1187-1188) el palacio que los sultanes poseían en Bagdad y entró con su ejército en la Media. Togril III le derrotó cerca de Hamadan en 584 (1188); pero entonces acudieron con refuerzos Kisil Arslan y Kotlug Inanedsch, hijo de Mohammed El-Pehlewan, y mientras Kotlug se posesionaba de Ispahan Kisil Arslan se apoderó de la persona del sultan y le hizo encerrar en una fortaleza del Aderbidyan. Con esto quedó el tutor-mayordomo otra vez dueño del gobierno y entonces dió rienda suelta á su ambición. Pocos años despues, en 587 (1191), en connivencia con el califa Nasir, se arrogó

(1) Algunos autores colocan la muerte del sultan Arslan en el año 571, otros á fines del año 572 ó principios de 573. Yo considero este último año como el mas probable, porque Togril empezó al parecer á reinar á principios de 573.

el título de sultan con todos los honores de costumbre, pero al poco tiempo de haber dado este paso fatal fué encontrado una mañana asesinado en su lecho, fuese que el jefe de los ismaelitas asesinos hubiese decidido poner límite al poder de los pehlewánidas ó fuese que la usurpación del título de sultan hubiese disgustado á los emires. En 588 (1192) evadióse Togril III de su encierro y se apoderó otra vez de la Media occidental, venció á Kotlug Inanedsch, que se le opuso, y se estableció en Hamadan. El pehlewánida se sometió, por supuesto solo pasajeramente hasta mejor ocasión, y Inanedsch se refugió cerca de Takasch, el poderoso sultan de Khwarism, imperio que desde algunos decenios se había engrandecido y de cuyo origen hablaremos luego. El sultan de Khwarism había aprovechado ya en 588 (1192) la desorganización del imperio seldyucida para apoderarse de Rei, y en 590 (1194) trató Togril de recuperar esta provincia con las armas; el sultan Takasch acudió con un ejército en compañía del traidor Inanedsch y delante de Rei libróse la batalla el 24 de Rabí I (2) 590 (19 de marzo 1194). En la pelea pereció combatiendo valerosamente contra la fuerza superior del enemigo el último descendiente de Togrilbeg, cuyo nombre llevaba haciéndole honor. Con él se extinguió el imperio de los seldyucidas en el Irak.

Los pehlewánidas Uesbeg y Abu Bekr, hermanos de Inanedsch, se mantuvieron entretanto en el Aderbidyan y Asran, y el primero volvió á invadir mas adelante la Media; pero ni uno ni otro eran hombres notables sino meros maniqués de sus esclavos, como el sultan seldyucida lo había sido de Ildegis. En la confusión general los georgianos asolaron el país fronterizo del Cáucaso, y el desorden llegó á su colmo hasta que le puso fin en 622 (1225) el famoso shah de Khwarism, Dyelal-ed-din. Antes, sin embargo, de exponer las causas que condujeron las huestes de este soberano desde el lejano Oriente al Cáucaso, tenemos que volver á tratar del atabeg ó mayordomo Sengui, á quien hemos dejado en Mosul.

#### CAPITULO IV

NUREDDIN Y SALADINO. — EL ASIA OCCIDENTAL  
EN LA ÉPOCA DE LAS CRUZADAS

Nunca ha quedado mas en ridículo la humanidad con la defensa de lo que oficialmente ha declarado ser su mayor y mas sagrado bien, que en el resultado que tuvieron las cruzadas. Hay partidarios de la opinión racionalista que dicen que estas empresas memorables solo demuestran que el Occidente, en su lucha progresiva para elevarse á un nivel mas alto, no cabiendo ya en aquella época en su casa, salió de ella como el adolescente impetuoso que se siente impulsado á realizar grandes hazañas, y se decidió por la guerra contra los infieles solo porque en aquellos tiempos todo gran movimiento buscaba y casi siempre encontraba un motivo religioso. Poco podría objetarse á esta opinión si se admitiera que para los que profesan una religion que manda adorar á Dios en espíritu y en verdad era indiferente que Jerusalem ó la montaña de Samaria estuvieran en estas ó en las otras manos. Pero admitiendo que la cristiandad de la Edad media tenía un objeto verdaderamente ideal cuando decidió arrancar la Tierra Santa del poder de los enemigos del Señor, hay que confesar que desgraciadamente su celo por la causa de Dios no le impidió caer en cuantas tentaciones se le presentaron, cuando el demonio le dijo: «Todo esto te daré si te prosternas y me adoras.» Y nótese que en ninguno de

(2) El mes y día no constan con exactitud.